

Chester Dunning y Norman S. Smith, "Moving Beyond Absolutism: Was Early Modern Russia a 'fiscal military state'?", *Russian History/Histoire Russe*, 33:1 (2006), pp. 19-43.

Traducción del inglés: Fabián Alejandro Campagne.*

En un artículo publicado en 2002 en *Comparative Studies in Society and History*, Donald Ostrowski sugería que la investigación académica sobre el absolutismo europeo temprano-moderno "se halla en vísperas de un cambio de paradigma, pero sin que un nuevo paradigma cristalice lo suficiente como para lograr un consenso sólido entre los especialistas".¹ Cuando Ostrowski la hizo, la afirmación era ciertamente correcta. Pero ahora, varios años después, todo indica que un paradigma nuevo está en proceso de consolidación. Un creciente número de historiadores interesados en la modernización militar de la Europa moderna viene rechazando el venerable concepto de "absolutismo" como marco para el estudio del desarrollo de las monarquías absolutas de *Ancien Régime*, en beneficio de un nuevo término más preciso y útil: el de "estado fiscal-militar". Esta tendencia reciente en la academia aún resulta poco conocida, y por ello la palabra absolutismo continúa utilizándose ampliamente (incluso indiscriminadamente), como si aún tuviera un sentido establecido y conservara el poder explicativo que se le concedía cien años atrás. La cantidad de libros y artículos con títulos que contienen el término "absolutismo" de hecho ha crecido en la última década.² Curiosamente, el reciente giro en favor del concepto de estado fiscal-militar tampoco ha recibido demasiada atención por parte de los historiadores de la Rusia temprano-moderna, aún cuando este país se vio profundamente afectado por una "revolución militar" y la investigación sobre la modernización militar rusa se centra en muchos de los mismos tópicos que llevaron a importantes

* La presente traducción se realiza exclusivamente para uso interno de los alumnos de la Cátedra de *Historia Moderna*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (junio de 2019).

historiadores modernistas a descartar "absolutismo" como una etiqueta inútil y confusa. A lo largo de las últimas décadas la investigación sobre Rusia en tiempos de la revolución militar ha hecho grandes progresos y conseguido de manera significativa profundizar nuestro conocimiento de la historia política, militar, social e institucional rusa.³ Aún así persisten todavía ideas perimidas sobre el absolutismo en las investigaciones especializadas en la emergencia de Rusia como un poder militar central, lo que a su vez impacta de manera desfavorable en el estudio de la revolución militar misma. Para intentar superar esta serie de problemas interrelacionados, el presente artículo primero dará cuenta de los graves defectos del concepto de absolutismo y de la emergencia del concepto de estado fiscal-militar; luego examinará la producción relacionada con el mito (o fachada) del absolutismo ruso, para finalmente proponer formas de aplicar el nuevo paradigma a la Rusia de la temprana modernidad.

Durante las décadas transcurridas desde que Michael Roberts realizara en 1955 su famosa formulación sobre la existencia de una "revolución militar" en la Edad Moderna (una revolución en la tecnología, táctica y estrategias militares, el tamaño de los ejércitos y el costo de la guerra), el concepto "logró plenamente integrarse en el canon de la historia del período".⁴ Los historiadores rápidamente fueron más allá de la estricta historia militar para analizar otras implicancias de la revolución militar, y sus estudios comparados sobre la evolución de las monarquías absolutas temprano-modernas enriquecieron enormemente nuestro conocimiento de cómo funcionaban los estados y las sociedades europeas en una era marcada por un inédito crecimiento de las burocracias, por impuestos de carácter coactivo, por onerosas fuerzas militares y por feroces conflictos internacionales.⁵ La guerra era, sin dudas, el gasto individual más importante del estado temprano-moderno. El costo astronómico de la guerra aumentó de manera notable el costo financiero para los fiscos regios y los contribuyentes, forzando a los gobernantes y burócratas a buscar fuentes de ingresos alternativas. A su vez ello afectó la economía de la mayoría de los países y en términos generales incrementó el poder de las autoridades estatales centrales.⁶ Ciertamente no resulta exagerado postular que la revolución militar tuvo un "revolucionario impacto" sobre muchos gobiernos y sociedades europeas.⁷ Sin embargo, el lente —el de absolutismo— a través del cual muchos historiadores continúan examinando este importante tema interfiere seriamente con sus intentos de comprender la modernización militar temprano-moderna.

En primer lugar y antes que nada, es importante darse cuenta de que la palabra absolutismo no es ni tan antigua ni tan útil como muchos historiadores tienden a creer. Ningún rey, político o teórico político, incluyendo a Bodin, la

pronunció con anterioridad a la Revolución Francesa. Los monarcas absolutos del *Ancien Régime* no necesitaban al término para definir su derecho divino a gobernar ni para descubrir cómo realmente funcionaban las monarquías absolutas. De igual manera, los teóricos políticos temprano-modernos jamás necesitaron el término para dar cuenta de la naturaleza de la cultura política pre-revolucionaria o de las diversas ideologías que reforzaban el poder real. El término absolutismo fue acuñado a mediados del siglo XVIII como un concepto teológico asociado a la doctrina de la predestinación, y sólo se usó como un término político referido a las monarquías absolutas en 1796. Tras ello, el término aparentemente no reapareció hasta 1830 en inglés y 1831 en francés.⁸ De allí en más, absolutismo fue ganando lentamente popularidad, y para principios del siglo XX ya se había convertido en el marco de análisis preferido para el estudio de las monarquías absolutas temprano-modernas, incluidas las Francia, España (Castilla), Brandenburgo-Prusia, Austria y Rusia. El absolutismo, se afirmaba, era algo que se había desarrollado entre los siglos XVI y XVIII, y muchos académicos creían que había alcanzado su cenit durante el reinado de Luis XIV de Francia (1643-1715). Aún existe un considerable debate sobre los límites cronológicos del absolutismo. Muchos especialistas lo consideran casi exclusivamente un fenómeno del siglo XVII – algunos llegan a negar que existiera tempranamente en el siglo XVI o que persistiera más allá de principios del XVIII.⁹ Absolutismo por lo general invocaba la imagen de un gobierno altamente centralizado y despótico regido por un monarca todopoderoso, cuya autoridad se extendía a todas partes del reino y no estaba sometida a ninguna clase de restricción constitucional, aristocrática o legal.¹⁰ Sin embargo, desde el inicio los historiadores estuvieron en desacuerdo sobre la exacta definición de absolutismo. Como resultado, en el transcurso del siglo XX el término tuvo varios significados diferentes, para la mayor confusión de estudiantes y especialistas por igual.¹¹ Por mucho tiempo los historiadores tendieron a aceptar al absolutismo como un hecho dado, describiendo de manera obediente a las monarquías absolutas de la Europa continental como estados y sociedades completamente dominadas por el poder regio.¹² Muchos especialistas, sin embargo, eventualmente terminaron viendo al absolutismo como una teoría política conservadora temprano-moderna que nunca existió en la práctica, y que sólo funcionó como una inalcanzable y elusiva meta para reyes y ministros ambiciosos, cuyo poder verdadero no sólo era mucho menos que absoluto sino que estaba estrictamente limitado en la práctica.¹³ Otros especialistas del siglo XX, especialmente marxistas, usaron el término absolutista como sinónimo de la *praxis* regia de las monarquías absolutas temprano-modernas, práctica que, por supuesto, variaba de manera considerable en países como Francia y Rusia.

Dentro de este grupo algunos vieron al absolutismo como un fenómeno totalmente despótico, mientras que otros lo concibieron como un sistema limitado, especialmente por la aristocracia. Se construyeron elaborados modelos de absolutismo que lo describieron como la forma política de la transición del feudalismo al capitalismo. En algunos de estos modelos la Europa moderna fue dividida en dos zonas diferentes: una más brutal, asociada a la servidumbre, en Europa Central y Oriental; y otra más moderada en Europa Occidental, asociada a la emergencia del capitalismo.¹⁴ Las interpretaciones revisionistas recientes del absolutismo se movieron enfáticamente de la vieja imagen de despotismo para abrazar otra que enfatiza la cooperación y las relaciones de beneficio mutuo entre el monarca y los grupos sociales líderes. Algunos historiadores ahora aluden a la "comunidad de intereses" que ligaba a la elite gobernante y consideran al absolutismo como el reflejo de una sólida alianza entre la corona y la aristocracia, en lugar de concebirlo como una fuente potencial de conflicto derivado de la creciente prepotencia del poder regio. En otras palabras, se ha producido un quiebre fundamental en la definición tradicional de absolutismo, el que es ahora concebido por algunos especialistas esencialmente como un mito útil, que enmascaró una realidad radicalmente diferente de la connotada originalmente por la palabra.¹⁵

Con tantas definiciones diferentes para elegir, no es para nada sorprendente que exista una considerable confusión sobre el significado de absolutismo. Esta confusión convierte en frustrante y traicionero el empleo académico del término, especialmente en el análisis trans-cultural, y con frecuencia derivó en malos entendidos entre historiadores que definen la palabra de manera diferente. El término fracasa a la hora de proveer un modelo uniforme para los estudios comparados, y de hecho luego de más de un siglo de uso aún existe "poco acuerdo entre los historiadores sobre la naturaleza del absolutismo".¹⁶ Aún cuando los historiadores pudieran ponerse de acuerdo sobre la definición de un concepto tan resbaladizo, el absolutismo seguiría siendo poco más que un modelo estático afectado por muchas contradicciones internas, que ofrece pocos elementos para comprender las fuerzas dinámicas que actuaban en las monarquías de la Europa temprano-moderna.¹⁷ A la luz de estos serios problemas, un creciente número de historiadores ahora considera al término como simplemente demasiado vago como para ayudar a reconstruir los "sutiles equilibrios de aquellos regímenes", el impacto multifacético de la modernización militar o la emergencia de los grandes poderes europeos.¹⁸ La primera generación de historiadores de la revolución militar aceptó la definición tradicional de absolutismo sin hesitar, y disciplinadamente describieron al impacto de la guerra y de la modernización militar como un

hito decisivo en la transferencia del poder de la aristocracia en beneficio de la monarquía. La mayoría de los estudios sobre el desarrollo de las fuerzas militares, la fiscalidad y la burocracia regia tendieron a centrarse en el poder coercitivo de los monarcas y sus ministros, quienes supuestamente sojuzgaron a las elites para así dominar al gobierno y a la sociedad en todos sus niveles.¹⁹ Esta visión del absolutismo sobrevivió por mucho tiempo en las investigaciones sobre la revolución militar, antes que nada por sus venerables raíces, que se remontaban a los comienzos mismos del siglo XX. El renombrado historiador Otto Hintze (1861-1940) fue el primero en usar la frase "absolutismo militar con administración burocrática" para describir el impacto de la guerra en el desarrollo de las monarquías absolutas continentales, y su interpretación resultó extremadamente influyente.²⁰ Desafortunadamente, Hintze realizó generalizaciones sobre el absolutismo sin proporcionar demasiados detalles sobre el funcionamiento del sistema. Muchos de sus sucesores se contentaron con utilizar su bosquejo de modelo sin ningún examen detallado. Como resultado, absolutismo rápidamente devino una manera conveniente aunque imprecisa de ofrecer información sobre el desarrollo de los estados europeos en la era de la revolución militar. El concepto de absolutismo funcionó como una suerte de "caja negra" que los académicos podían emplear sin preocuparse demasiado por los detalles. Sin embargo, el (irónico) efecto que en el largo plazo tuvo el uso de un modelo así prefabricado terminó limitando el real conocimiento del tema bajo investigación. El absolutismo terminó siendo un involuntario chaleco de fuerza. Su vaga definición le permitía a los historiadores hacer generalizaciones sin ninguna investigación previa; y como resultado a menudo pasaron por alto importantes detalles e incluso diferencias claves entre una monarquía absoluta y otra. El modelo simplista de absolutismo no ofrecía verdadera información sobre las estructuras o procesos bajo estudio, dando la falsa impresión de que estas cuestiones estaban de alguna manera ya resueltas. El concepto fallaba porque no incentivaba análisis detallados. Pocos estudiosos de la revolución militar se preocuparon por cuestionar sus ampliamente aceptados presupuestos. Como resultado, décadas de investigación aumentaron de manera significativa la cantidad de información específica disponible sobre las monarquías absolutas y la modernización militar temprano-moderna, pero el concepto mismo de absolutismo inadvertidamente contribuía a distorsionar o a absolutizar la interpretación de dicha evidencia.

Consideremos un solo ejemplo: noventa años después de que Hintze realizara su primera descripción del absolutismo, Brian Downing publicó un importante libro, *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy*

and Autocracy in Early Modern Europe (1992), que contiene ideas sobre el impacto de la modernización militar en los gobiernos temprano-moderno mucho más sofisticadas que las de sus predecesores. Sin embargo, Downing insertaba los resultados de su rica investigación en el perdurable y vago modelo de absolutismo despótico, lo que oscurecía sus hallazgos y seriamente debilitaba varias de sus argumentaciones. A pesar de años de cuidadosa investigación, terminó describiendo el impacto de la revolución militar sobre el "absolutismo burocrático y militar" —una frase sorprendentemente similar a la de Hintze.²¹ Adhiriendo a la idea de que los monarcas absolutos habían sojuzgado a todos los grupos sociales, Downing fracasó a la hora de tomar en consideración la cooperación de las élites con la autoridad regia. Si la palabra absolutismo no hubiera existido, es probable que Downing hubiera realizado un mejor trabajo a la hora de describir los detalles relativos al gobierno temprano-moderno, y su interesante libro resultaría más útil para sus colegas y estudiantes. Como muchos otros, el ejemplo de Downing demuestra que, lejos de ayudarnos a entender la historia temprano-moderna, el absolutismo no es otra cosa que un marco explicativo superficial que desvía a los académicos de la necesidad de explorar importantes detalles sobre el funcionamiento y la administración cotidiana de las monarquías absolutas en la era de la revolución militar. De hecho, el concepto de absolutismo resulta anticuado y simplemente demasiado impreciso para resultar útil para el estudio de algo tan complejo como la modernización militar europea.

Aún cuando las investigaciones académicas sobre la revolución militar sólo con lentitud tomaron en cuenta la evolución en la definición de absolutismo, eventualmente terminaron reflejando el giro historiográfico. Jeremy Black fue el primer historiador que llamó a repensar el "proceso de cambio militar" a la luz del descubrimiento de que para gobernar y desarrollar su poder marcial, los monarcas absolutos se apoyaron en la cooperación y en el compromiso corona-élite en lugar de hacerlo meramente en la coerción. Cabe reconocer como mérito de Black el cuestionamiento de una presunción sostenida por largo tiempo: que la guerra y la modernización militar habían creado al absolutismo. En lugar de ello sugirió que el absolutismo podría haber sido en realidad una precondition para la revolución militar.²² Las ideas heréticas de Black generaron considerable debate. Algunos estudiosos encontraron convincentes sus argumentos; otros continuaron insistiendo en que el absolutismo fue producto de la modernización militar antes que su fuente.²³ Sin la presencia del concepto de absolutismo para complicar la cuestión, es probable que los historiadores rápidamente acordarían en que la guerra fue un factor importante del incremento del poder estatal, y que a su vez el poder estatal incrementado a menudo facilitó una mayor modernización militar

posterior. Una vez más, sin embargo, la problemática palabra absolutismo confundió la discusión en lugar de ayudar a explicar el complejo proceso de modernización militar.

Richard Bonney, un reconocido especialista en el absolutismo, pasó revista a los crecientes problemas del término para concluir que sólo resultará útil en el futuro "con la adopción de una metodología de investigación más compleja".²⁴

Al menos hasta ahora nadie respondió al desafío de Bonney. El continuo fluir de publicaciones que utilizan el término absolutismo aún no dio lugar a una definición más sofisticada o a una metodología más rigurosa. No deja de resultar interesante, de hecho, que Bonney mismo trascendiera el estudio del absolutismo para comenzar a investigar el desarrollo tardo-medieval y temprano-moderno del "estado fiscal" ("*fiscal state*" o "*tax estate*"), es decir, las estructuras legales y burocráticas capaces de una confiable movilización de recursos domésticos, un componente clave del poder real que ayudó a determinar el éxito o el fracaso de muchos regímenes europeos.²⁵ El foco de Bonney en el estado fiscal en lugar del absolutismo resulta en extremo relevante para el estudio de la modernización militar de la Europa temprano-moderna. Sus investigaciones, en rigor de verdad, apoyan y reflejan las de otros académicos que han dejado de utilizar el vago término de absolutismo para promover la formulación de un concepto más preciso para el estudio de Europa en la edad de la revolución militar: el de estado fiscal-militar.²⁶

Los dos historiadores que lanzaron el nuevo concepto y, en el proceso, desafiaron el viejo paradigma del absolutismo, fueron John Brewer y Nicholas Henshall. Brewer acuñó el término estado fiscal-militar en su pionero estudio sobre la emergencia de Inglaterra como un poder relevante en el escenario europeo: *Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783* (1989).²⁷ Inspirándose en la investigación de Brewer, Henshall con cuidado catalogó las muchas visibles debilidades del término absolutismo en su libro *The Myth of Absolutism: Change and Continuity in Early Modern European Monarchy* (1992), concluyendo que la palabra resulta por completo inadecuada para el examen de las monarquías de la Europa temprano-moderna, que se caracterizaron por la cooperación entre el gobierno y los grupos de la élite antes que por el despotismo regio. Henshall hacía un llamado para el abandono de la noción de absolutismo en favor del estado fiscal-militar de Brewer, que resultaba más útil.²⁸ Algunos autores de reseñas se reconocieron cautivados por los "excelentes" argumentos de Henshall, mientras que otros mantuvieron una actitud escéptica.²⁹ En el transcurso de la última década el influyente trabajo de Henshall recibió una creciente atención a lo largo de todo el mundo, por lo que el concepto de estado fiscal-militar ha sido incorporado en un número creciente de trabajos académicos.³⁰ No carecen

de razón, pues, los muchos historiadores modernistas que consideran que el trabajo de Henshall fue el “golpe de gracia” que finalmente provocó que el término absolutismo pasara a mejor vida. Sin embargo, los autores de libros de texto continúan haciendo foco en el absolutismo, aún se ofrecen cursos sobre el tema, y los especialistas continúan usando la palabra a pesar de que aceptan revisiones que van mucho más allá de su sentido original.

¿Por qué persiste aún el vago y anticuado término “absolutismo”? Según Donald Ostrowski ello sucede en primer lugar porque los historiadores por lo general no son conscientes de la existencia de un paradigma más útil.³¹ A pesar de sus muchas limitaciones, el absolutismo ha perdurado —de hecho ha crecido— como una resistente hierba mala. El término sigue siendo una etiqueta conveniente aunque imprecisa, especialmente cuando ir más allá requiere un pensamiento serio e innovador sobre la naturaleza y el desarrollo del estado temprano moderno. Una razón importante pero menos obvia de la persistencia del vocablo es otra antigua idea estrechamente asociada al pionero historiador Otto Hintze —que el aparato estatal moderno tal como lo conocemos fue el producto directo del absolutismo. El desarrollo de los grandes ejércitos modernos, de poderosas burocracias estatales y administraciones financieras, y de nuevos sistemas fiscales más coercitivos, por lo general han sido vistos por los historiadores como inevitables derivados del absolutismo y de la guerra a gran escala asociada con él. Como consecuencia de ello, el absolutismo quedó firmemente arraigado a los estudios académicos sobre el origen del estado europeo moderno.³²

En la literatura histórica sobre el desarrollo del estado moderno, la emergencia de Gran Bretaña como una gran potencia en el siglo XVIII ha sido vista tradicionalmente como una anomalía, como la excepción que pone a prueba (y presumiblemente valida) la relevancia del concepto de absolutismo. Es indudable, por supuesto, que la Inglaterra temprano-moderna de alguna manera logró convertirse en una potencia mundial sin recurrir al absolutismo. No resulta sorprendente que muchos historiadores atribuyeran la emergencia del “liberal” imperio británico al excepcionalismo inglés, apuntando a cuestiones como la original cultura política de Inglaterra, la fortuita supervivencia de la *common law* y de la tradición medieval de representación asamblearia, y al carácter remoto de la geografía británica. Según esta visión muy extendida, la Inglaterra temprano-moderna fue un “estado débil” que de alguna manera se las arregló —casi de manera milagrosa— para convertirse en una gran potencia a pesar de haber sabido evitar los rigores del absolutismo. La gran riqueza comercial de Inglaterra y su forma de capitalismo “más maduro” con frecuencia son identificadas como las razones primarias por las que semejante “nación sin estado” logró trasformarse en un gran poder mundial

sin recurrir a la absolutista imposición de una administración estatal centralizada y coercitiva, ni a pesados impuestos.³³ Existe, sin embargo, un problema muy serio con esta interpretación del imperio británico: ha sido por completo refutada por John Brewer, entre otros historiadores de la Inglaterra temprano-moderna.

No es exagerado asumir que el libro de John Brewer, *The Sinews of Power*, revolucionó nuestra comprensión básica del desarrollo de la Inglaterra temprano moderna como gran potencia. Como una reminiscencia de la investigación de Richard Bonney sobre los orígenes del “estado fiscal”, Brewer hizo foco en el desarrollo de las finanzas públicas inglesas temprano-modernas. Pronto decidió abandonar el viejo paradigma de Inglaterra como un “estado débil”. Lo que Brewer descubrió es que la Inglaterra temprano-moderna no fue una excepción. Por el contrario, desarrollo estructuras fiscales-militares notablemente similares a las asociadas con los absolutismos continentales. Lejos de ser un “esqueleto” de estado débil, poco gravado con impuestos y con un número insuficiente de funcionarios, a partir de la Revolución Gloriosa (1688) Inglaterra rápidamente emergió como un “estado fuerte” —un moderno estado fiscal-militar— en la más importante transformación del gobierno en la historia inglesa temprano-moderna. Esta transformación estuvo estrechamente asociada con el creciente involucramiento de Inglaterra en los asuntos europeos y mundiales, y con la rápida expansión de los intereses comerciales e imperiales ingleses. Brewer demostró que las guerras de la década de 1690 convirtieron a Inglaterra en un significativo poder militar y pusieron los fundamentos para el fuerte y eficiente estado fiscal-militar que en el transcurso del siglo XVIII transformó al país en una de las más formidables potencias europeas.

Las elevadas ambiciones del gobierno inglés y de los inversores privados se combinaron para otorgar soporte al rápido crecimiento de la más poderosa armada del mundo así como a ejércitos de un tamaño sin precedente. El costo fue extraordinariamente elevado y requirió nada menos que una “revolución financiera”, que incluyó la fundación del Banco de Inglaterra y el desarrollo del sistema de crédito moderno. Por supuesto, la deuda nacional de Inglaterra se incrementó, requiriendo un aumento radical en impuestos “ferozmente regresivos” y en el rápido crecimiento de una burocracia financiera capaz de manejar las actividades fiscales y militares del imperio británico. Antes de la Revolución Francesa, Inglaterra se convirtió en el estado europeo más pesadamente gravado con impuestos, acumulando una deuda nacional que sobrepasaba la de Francia. Inglaterra también devino uno de los estados más militarizados de Europa, con una burocracia mayor que la del reino de Prusia.³⁴

La sorprendente perspectiva revisionista de Brewer devastó muchas nociones sobre el excepcionalismo inglés por largo tiempo atesoradas. Buscando un modelo explicativo post-marxista de desarrollo del estado moderno que resultara apropiado para el caso inglés, Brewer terminó seriamente socavando todos los “modelos establecidos de formación del estado europeo”, especialmente los relacionados con la noción de absolutismo.³⁵ Según varios historiadores, la investigación de Brewer nos ha forzado “a reconceptualizar ese proceso enormemente complejo”, pues ha convertido en insostenible la visión tradicional de que el aparato de estado moderno fue un producto del absolutismo.³⁶ A la luz de ello resulta razonable concluir que el vago término absolutismo ya no resulta útil para estudiar la Europa temprano-moderna, la revolución militar o el origen del estado moderno.

El paradigma rupturista de Brewer recibió críticas favorables y pronto se convirtió en una herramienta indispensable para dar cuenta del desarrollo del estado inglés temprano-moderno.³⁷ En la última década otros académicos expandieron la estrecha definición de estado de Brewer y prestaron más atención a cuestiones como la cultura y la independencia de la élite. Pero el modelo del estado fiscal-militar inglés continúa en esencia sin mayores desafíos.³⁸ Los historiadores interesados en la evolución de las finanzas públicas y de las innovaciones militares relacionadas con la guerra, ocasionalmente criticaron a Brewer por ignorar los precedentes establecidos por las generaciones anteriores a la Revolución Gloriosa (especialmente durante la Guerra Civil inglesa), pero concuerdan con él en que el crecimiento del estado inglés posterior a 1688 no puede sino catalogarse como una transformación revolucionaria.³⁹ La investigación de Brewer cambió profundamente el estudio de la Inglaterra temprano-moderna y de la formación del imperio británico. Su modelo de estado fiscal-militar usualmente se discute ahora en libros y artículos especializados en un amplio rango de cuestiones.⁴⁰ El trabajo de Brewer también es regularmente citado en las reseñas bibliográficas, y con frecuencia los evaluadores reconvienen a los autores por no tomarlo en consideración en sus escritos.⁴¹ El modelo de estado fiscal-militar de Brewer ha pasado a formar parte de las clases universitarias, de las conferencias académicas y de seminarios a lo largo de todo el mundo⁴²; de hecho ha encontrado su lugar en al menos una enciclopedia.⁴³

El modelo de estado fiscal-militar de Brewer no es exclusivamente anglo-céntrico, y está ahora comenzando a aplicarse a otros estados continentales, como una alternativa dinámica al desprestigiado concepto de absolutismo. La aplicación del esquema fuera de Inglaterra aún se halla en pañales, pero se está expandiendo rápidamente. Por ejemplo, varios académicos han abordado el estudio de la Prusia del siglo XVIII como un estado fiscal-militar.⁴⁴ En 2002

Jan Glete publicó *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-Military States, 1500-1660*.⁴⁵ También la Francia temprano-moderna ha sido descrita como un estado fiscal-militar, aunque algunos historiadores creen que sólo consiguió serlo en la era de la Revolución Francesa.⁴⁶ En los últimos años, ha prendido en los investigadores la idea de que muchos países europeos en la era de la revolución militar se transformaron en estados fiscales-militares “altamente invasivos”.⁴⁷ Recientemente, el modelo de Brewer fue incluso aplicado a países fuera de Europa.⁴⁸

El concepto de estado fiscal-militar ha atraído la atención de estudiosos de un amplio rango de disciplinas y gana nuevos adherentes con gran rapidez. Promete convertirse en una herramienta útil para el estudio comparado de la formación del moderno estado europeo, la revolución militar y su impacto, y los orígenes de las modernas estructuras estatales. Promete también ayudar a explicar el nacimiento y el crecimiento de los “estados-leviatán”, mucho mejor que lo que lo ha hecho la perimida noción de absolutismo. Resulta necesario elaborar una definición general de estado fiscal-militar, que por supuesto debe comenzar dando cuenta de su relación con la revolución militar. El deseo de conquista y expansión (o simplemente la necesidad de defensas territoriales más eficaces) tuvo un profundo impacto en toda Europa. En la mayoría de los casos, la respuesta de los gobiernos a la astronómicamente onerosa revolución militar y a las cada vez más letales rivalidades geopolíticas fue la creación de estructuras administrativas más centralizadas y fuertes, diseñadas específicamente para imponer y recolectar impuestos más elevados y para administrar fuerzas militares más grandes y crecientemente profesionales. Como resultado de ello, el poder estatal creció enormemente durante el período temprano-moderno aún incluso si muchas economías europeas padecieron impuestos predadores y una creciente interferencia por parte de los gobiernos. Los estados fiscales-militares desarrollaron burocracias más sofisticadas que se independizaron de las elites tradicionales y que quedaron en manos de un nuevo y emergente personal militar-burocrático cada vez más profesionalizado. De esa manera, el estado fiscal-militar quedó estrechamente asociado a la innovación, a la especialización y a la profesionalización. Sin embargo, y a diferencia de lo que se creyó durante mucho tiempo, en la tarea de movilizar los recursos nacionales y de crear estructuras de poder centralizadas, los reyes y sus ministros no se propusieron simplemente subyugar y someter a las viejas elites, a los administradores regionales y a los gobiernos locales. En lugar de ello, los estados fiscales-militares se caracterizaron por la cooperación entre los gobiernos centrales y locales, por una alianza entre gobernantes y por la cooptación de aristócratas

que, lejos de poner resistencia, se sintieron fuertemente atraídos por la perspectiva de recibir lucrativos y prestigiosos cargos dentro de la cada vez más grande administración regia, sus grandes fuerzas militares y (en muchos casos) sus imperios en expansión. Los estados fiscales-militares fueron organizaciones extremadamente complejas que implicaron una complementación de intereses nacionales y locales, al igual que públicos y privados.⁴⁹

Aún cuando todos los estados fiscales-militares compartieron una serie de importantes características básicas, existieron muchas variaciones debidas a cuestiones como las diferencias culturales, las circunstancias económicas únicas, las instituciones y los patrones impositivos pre-existentes, los relativos niveles de eficacia burocrática, y el grado de confort con la innovación. El manejo del tiempo (*timing*) fue particularmente significativo para la determinación de la forma precisa de cada estado fiscal-militar.⁵⁰ Todos ellos interfirieron en sus economías domésticas. Pero el flujo y reflujo de las presiones internacionales, el acceso relativo a las nuevas tecnologías y los diferentes grados de desarrollo económico (y acceso al crédito) ayudan a explicar muchas de las variaciones entre los estados fiscales-militares y sus infraestructuras. Algunos de estos estados se desarrollaron muy rápidamente mientras que otros se mostraron relativamente lentos a la hora de adoptar las técnicas coercitivas necesarias para incrementar en forma sustantiva los ingresos y para crear las instituciones y las fuerzas militares nuevas necesarias para hacer frente a los desafíos de la revolución militar.

La formación de los primeros estados fiscales-militares resulta en esencia anterior al capitalismo. Estos estados adoptaron métodos extremadamente coercitivos para extraer recursos de sus economías domésticas sin ninguna preocupación real por el impacto que podían tener sus acciones. No puede sorprender que estas prácticas predatorias a menudo provocaran crisis fiscales y ralentizaran el desarrollo del capitalismo.⁵¹ Los estados fiscales-militares que se formaron más tarde tendieron a lograr mejores resultados, gracias a las lecciones aprendidas a partir de los errores de sus predecesores. Los estados fiscales-militares posteriores a menudo fueron capaces de movilizar recursos nacionales sin provocar serio daño al conjunto de las economías. La planificación estratégica y el uso de burócratas profesionales bien entrenados dieron lugar a flujos de ingresos más confiables y redujeron el peso de las estrategias de corto plazo más destructivas. La administración más competente y efectiva también comenzó a dar créditos en los campos de batalla terrestres y en la guerra naval.⁵² Como podría esperarse, la llegada de los modernos sistemas bancarios y crediticios asociados con el crecimiento del capitalismo facilitó enormemente la eficiencia del estado fiscal-militar y su habilidad para

proyectar su poder. De hecho, estados fiscales-militares como la República Holandesa e Inglaterra fueron tanto más poderosos que sus rivales gracias al elevado nivel de cooperación –incluso alianza– entre el gobierno y las elites económicas, que supieron ver las potenciales riquezas que podían derivarse de la guerra y del imperio. Aquellos hombres de negocios soportaron los altos impuestos como una inversión indirecta de sus propios emprendimientos, y alegremente prestaron dinero a los gobiernos con tasas de interés modestas, con el objetivo de financiar las fuerzas militares que se necesitaban para proteger sus propias lucrativas redes de comercio y para abrir nuevas oportunidades en el seno del expansivo sistema-mundial capitalista. El desarrollo de los poderosos y beligerantes estados-leviatán temprano-modernos llamó la atención de los observadores contemporáneos y provocó considerable discusión sobre la potencial amenaza que significaban para la libertad individual. Irónicamente, sin embargo, los estados fiscales-militares con el mayor poder infraestructural también pueden haber sido los caracterizados por un grado más alto de cooperación entre los funcionarios del gobierno y las robustas asambleas representativas –en otras palabras, estados cuyos ciudadanos se sentían genéricamente satisfechos con la legitimidad y la justicia de sus gobernantes sin por ello dejar de exigir la protección de sus propios derechos.⁵³

España, o más precisamente el Reino de Castilla, ha sido plausiblemente identificado como el primer estado fiscal-militar.⁵⁴ Mucho antes de la revolución militar, Castilla ya era un estado cruzado altamente militarizado localizado en la frontera de la Cristiandad y concentrado en una guerra para reconquistar un territorio previamente perdido a manos del Islam. La experiencia medieval incrementó notablemente el poder del estado castellano y de sus gobernantes. Para comienzos de la Edad Moderna, el rey de Castilla era el amo absoluto de su reino, donde ejercía un enorme poder sobre sus súbditos, la economía e incluso sobre la Iglesia, una autoridad que ninguno de los monarcas vecinos podía imaginar para sí mismos. Organizados para una ambiciosa expansión militar en nombre de Dios y del rey, la administración burocrática y el sistema fiscal castellanos contribuyeron enormemente a incrementar el poder del estado.⁵⁵ La guerra y el mantenimiento de las fuerzas militares por lo general absorbían cerca de la mitad de los gastos anuales de Castilla.⁵⁶ Para pagar estas cuentas la burocracia castellana utilizó medios extremadamente coercitivos de extracción de recursos que seriamente dañaron la economía del país, ralentizaron el crecimiento del capitalismo y periódicamente contribuyeron a crisis fiscales que llevaron a políticas de corto plazo de obtención de ingresos más destructivas aún. De manera crónica Castilla carecía de fondos suficientes y a menudo cundía la desesperación por

hallar las grandes sumas necesarias para llevar adelante su ambiciosa agenda imperial. Sin embargo, sus éxitos tempranos y el crecimiento rápido del imperio español conspiraron contra la necesidad de reformas y promovieron una arrogancia y una inercia burocrática que terminó contribuyendo a la osificación de la economía, el estado y el imperio.⁵⁷

La expansión militar de Castilla no estuvo motivada en primer lugar por la búsqueda de beneficios. Se trataba, por el contrario, de una misión sagrada del estado llevada adelante por guerreros aristócratas. El nivel de cooperación entre el gobierno castellano y las élites nacionales, regionales y locales, era muy alto. Los impuestos se imponían y se percibían sin ninguna consulta significativa con los contribuyentes. A medida que el imperio se fue expandiendo, el rey de Castilla pudo también contar con un fuerte apoyo de la Iglesia. Dentro de sus dominios, su autoridad sobre la Iglesia era muy importante. Este pronunciado dominio secular se debió en parte a la decisión del rey de no cubrir los puestos en su burocracia con administradores de entrenamiento eclesiástico, y al hecho de que el lenguaje de su corte y de su imperio (el castellano) fue adrede diferente del lenguaje de la Iglesia (el latín).⁵⁸ Castilla es un ejemplo muy interesante de estado fiscal-militar temprano. ¿Existieron otros estados fiscales-militares pioneros con características similares? ¡La respuesta es un resonante sí! En muchos aspectos Rusia era notablemente similar a Castilla, un dato que ya ha sido con anterioridad señalado por algunos especialistas.⁵⁹ Durante los últimos años Chester Dunning argumentó en favor de considerar a la Rusia temprano-moderna como una suerte de primitivo estado fiscal-militar.⁶⁰ Pasemos revista a las cuestiones que permiten sustentar esta afirmación.

En la era de la revolución militar, el gran príncipe de Moscú Ivan III (que reinó entre 1462 y 1505) y sus sucesores, unificaron Rusia y rápidamente transformaron al país en un estado altamente eficiente orientado hacia la guerra y la supervivencia. La expansión del reino fue también vertiginosamente rápida. Como resultado, la Rusia temprano-moderna rápidamente emergió como un importante poder militar, y su dramático crecimiento sobresaltó tanto a Europa como a Asia. En el transcurso del siglo XVI la expansión de Rusia creó un imperio y al mismo tiempo dio nacimiento al estado con mayor superficie de toda Europa. Tras la Época de los Disturbios (1598-1613) y la instalación de la dinastía Romanov, de inmediato Rusia reinició su meteórica expansión territorial. Para al momento en que el padre de Pedro el Grande, el zar Alejo I, ascendió al trono en 1645, el imperio ruso ya había alcanzado el Océano Pacífico, transformándose en el país más extenso del planeta. Este desarrollo confundió y atemorizó a muchos contemporáneos. Aún cuando la Rusia temprano-moderna en realidad era estructuralmente

similar a otros estados europeos, sin dudas no se asemejaba demasiado a las obviamente más “modernas” y consolidadas monarquías de Occidente.⁶¹ Por el contrario, si bien Rusia era un país nuevo y vigoroso, con una cultura nacional en rápido desarrollo, también retuvo muchas características arcaicas que recuerdan más a las sociedades medievales de Occidente que a las temprano-modernas.⁶² Como resultado, muchos occidentales se sintieron superiores a los “bárbaros” rusos. Pero nadie negaba que la “atrasada” Rusia hubiera finalmente entrado en escena con su remarcable habilidad para extraer recursos domésticos y para librar exitosamente guerras contra sus vecinos – potencias menos sólidas que sus modernas contrapartidas occidentales.⁶³ ¿Cómo fue ello posible? La pregunta, al menos hasta ahora, nunca pudo ser satisfactoriamente respondida por los estudiosos de la Rusia temprano-moderna que optaron por utilizar el lente del absolutismo. Aún así, estos historiadores consiguieron avanzar de manera significativa nuestros conocimientos sobre la expansión y la modernización rusas; y en el proceso, al igual que sucedió con los modernistas especializados en Europa occidental, de manera gradual fueron modificando la definición de absolutismo mucho más allá de su sentido original.

El término absolutismo fue aplicado por primera vez a la Rusia temprano-moderna por Otto Hintze y otros intelectuales durante la primera década del siglo XX. Junto con Brandenburgo-Prusia, Rusia fue ubicada en la categoría de los casos más despóticos de “absolutismo militar con administración burocrática”.⁶⁴ El absolutismo rápidamente halló su lugar en la historiografía académica rusa anterior a la Revolución.⁶⁵ Después de 1917, los historiadores soviéticos continuaron usando el término y reeditaron trabajos sobre el tema publicados en el período pre-revolucionario.⁶⁶ De manera gradual, la visión despótica del absolutismo devino parte fundamental de los estudios marxistas sobre la transición del feudalismo al capitalismo en la Rusia temprano-moderna.⁶⁷ Tras el colapso de la Unión Soviética en 1991, los académicos rusos continuaron usando la noción, pero lentamente comenzaron a modificar su definición para mantenerse a la par de los nuevos estudios que ya no apoyaban la tradicional imagen despótica del absolutismo.⁶⁸

No resulta sorprendente que durante la mayor parte del siglo XX los académicos occidentales especializados en la Rusia temprano-moderna –al igual que sus colegas rusos– se sintieran conformes con la original definición despótica de absolutismo.⁶⁹ De manera gradual, sin embargo, la historiografía modernista de corte revisionista comenzó a impactar en las investigaciones sobre Rusia. Durante las últimas dos décadas del siglo XX muchos historiadores occidentales especializados en la Rusia temprano-moderna dejaron atrás la imagen de zares todopoderosos para avanzar hacia una visión

del absolutismo ruso entendido esencialmente como un mito (o una fachada) útil que enmascaraba el alto grado de cooperación y consenso entre los zares y la "élite gobernante" rusa.⁷⁰ Las publicaciones recientes sobre la *gentry* rusa temprano-moderna, sus gobiernos locales y provinciales, y su respuesta a la revolución militar, también se han movido notablemente de la definición tradicional del absolutismo ruso y ahora lo describen como un reflejo de la cooperación, el compromiso y el diálogo constante entre el gobierno estatal central y las elites provinciales, la *gentry* y los funcionarios locales.⁷¹ Sin embargo, aún con una definición revisada, el absolutismo continúa siendo poco útil para explicar la rápida expansión de la Rusia temprano-moderna o la dinámica de unas estructuras fiscales y militares que crecieron a gran velocidad. El absolutismo también ignora cuestiones complejas relacionadas con el impacto de la débil economía agraria rusa sobre el desarrollo del poder estatal. De hecho, cualquier concepto que ponga a la Rusia moderna a la par de Francia no puede dejar de resultar problemático.⁷² Robert O. Crummey ha publicado la más reciente defensa del absolutismo y de su aplicabilidad a Rusia, pero incluso él se ha visto obligado a admitir que el término resulta confuso, y que sus fluctuantes definiciones hacen que su utilización resulte complicada para los especialistas.⁷³

Algunos historiadores han evitado abordar los problemas relacionados con el absolutismo afirmando que la "autocracia" rusa era algo cualitativamente diferente. Desafortunadamente, por mucho tiempo este punto de vista sólo sirvió para reforzar la tradicional imagen despótica de Rusia. La autocracia simplemente fue definida como una monarquía absoluta que descansaba sobre una pretensión de derecho divino y que no se encontraba sometida a ningún límite tradicional o constitucional. Pero el término tiene un significado especial en la historia rusa porque "autócrata" es la traducción común de la palabra *samoderzhets*, un título usado por los grandes príncipes y por los zares en el sentido de "soberano" (es decir, de aquél que no le debía lealtad o vasallaje a ningún otro gobernante).⁷⁴ Un análisis más profundo del uso académico del término autocracia revela, sin embargo, que la mayoría de los historiadores "esencialmente lo equipararon" con el absolutismo y usualmente describieron a la autocracia rusa temprano-moderna como una versión extremadamente despótica de absolutismo o incluso como su "forma ideal".⁷⁵ No puede sorprender, por lo tanto, que los estudios recientes sobre la autocracia rusa mantengan que su capacidad coercitiva fue mucho más fuerte precisamente por la permanente cooperación y colaboración entre el gobierno central y la élite gobernante, que apoyaba el incremento del poder estatal.⁷⁶ Sin embargo, la superposición de los términos absolutismo y autocracia (junto con las cambiantes definiciones del primero) ha inducido al menos a algunos

historiadores a demandar una resignificación de la manera en que el término autocracia es definido y utilizado.⁷⁷ En su reflexivo artículo sobre la fachada de la autocracia Rusa, Don Ostrowski sugirió que los mismos problemas que ahora enfrenta el paradigma del absolutismo temprano-moderno también aplican a la autocracia rusa.⁷⁸

Los estudiosos de la historia rusa y soviética analizaron y debatieron durante mucho tiempo el desarrollo de la autocracia que dio nacimiento a un gigantesco imperio que por muchas centurias inhibió la evolución social, económica, política y cultural de sus súbditos, al exigirles un oneroso servicio y al drenar sistemáticamente la economía y la sociedad de sus recursos para sustentar las ambiciones imperiales de la élite gobernante. Los orígenes de la autocracia rusa son complejos y controvertidos, pero la potente combinación de ingredientes que permitió su surgimiento derivó en el rápido desarrollo de un estado de servicio o "estado litúrgico", en cuyo seno el cumplimiento de las obligaciones que directa o indirectamente reforzaban la seguridad del país fue exigido virtualmente a todos los habitantes del imperio.⁷⁹ Como resultado de ello, el sistema zarista se convirtió en "uno de los más coercitivos de toda Europa".⁸⁰ Tanto los campesinos como los habitantes de los pueblos vieron como sus obligaciones se incrementaban de manera dramática, y la economía nacional en su conjunto se vio subordinada a las necesidades del estado (sufriendo severamente por ello).⁸¹ Incluso la Iglesia Ortodoxa Rusa llegó a ser dominada y puesta a trabajar en beneficio del zar.⁸² Lo que emergió de este proceso fue una sociedad en extremo militarizada dedicada primariamente al servicio y a la mayor gloria de su gobernante imperialista.⁸³ O dicho en otras palabras, el estado de servicio ruso temprano-moderno pronto devino un estado fiscal-militar.

Claramente es posible argumentar en favor del punto de vista que considera que el estado ruso unificado que emergió a principios del siglo XVI puede ser considerado como un estado fiscal-militar algo primitivo pero no por ello menos eficaz. Como Castilla, Rusia estaba bien preparada gracias a su experiencia medieval para desarrollarse rápidamente en este sentido. Al llegar al siglo XVI, estaba, más que ninguna otra sociedad contemporánea, "organizada para la guerra".⁸⁴ Durante el siglo XVI las fuerzas militares rusas lucharon casi de manera constante. De hecho, Rusia emergió como una importante potencia militar antes del reinado de Ivan el Terrible (1547-1584), considerado como el fundador del imperio ruso.⁸⁵ El siglo XVI también fue testigo del rápido desarrollo de una poderosa administración central dedicada a la sagrada misión de expandir el imperio cristiano ortodoxo del zar. Como en otros estados fiscales-militares, ello derivó en esfuerzos extremadamente coercitivos para obligar a la sociedad rusa a pagar los costos prohibitivamente

crecientes de la guerra temprano-moderna. La extracción de recursos domésticos se vio muy facilitada por el hecho de que en ningún otro lado en Europa buscó imponerse con similar contundencia el principio del servicio al estado.⁸⁶ Como ya hemos visto, la escuela revisionista dedicada al absolutismo ruso enfatiza la cooperación entre el zar y las élites gobernantes y entre el gobierno central y las provincias. Se trata de una descripción que cabe sin inconvenientes en el modelo del estado fiscal-militar. Los trabajos recientes de Sergei Bogatyrev sobre la contribución de la administración local a la integración de las comunidades rusas temprano-modernas y a la estimulación de las identidades locales, también abrevan profusamente en el modelo de estado fiscal-militar.⁸⁷

Un elemento clave en el desarrollo del estado fiscal-militar ruso fue la creación de una administración central capaz de movilizar los recursos domésticos y de dirigir la compleja tarea de administrar un gran ejército y un país inmerso en rápido proceso de expansión.⁸⁸ Comenzando con una pequeña y rudimentaria burocracia, de influencia mongol, el Gran Príncipe Ivan III y sus sucesores apostaron a desarrollar un sistema de cargos administrativos centralizados distribuidos entre los miembros de una nueva "burocracia de servicio" hereditaria. Para mediados del siglo XVI, la burocracia de servicio rusa había realizado grandes avances en la centralización y racionalización del régimen zarista, y para fines de la misma centuria el aparato del estado fiscal-militar central ya estaba en pie en gran medida.⁸⁹ Generosamente recompensados por sus servicios vitalicios, los burócratas del zar eran increíblemente leales y trabajadores, y tuvieron un admirable éxito en la imposición de la autoridad del estado central.⁹⁰

Desde sus mismos orígenes, los burócratas rusos estuvieron primariamente orientados a la tarea de reclutar, financiar y abastecer a las fuerzas militares del zar. No se vieron obstaculizados por las exigencias de banqueros o comerciantes, y en consecuencia fueron básicamente libres para extraer recursos de la economía sin tener que preocuparse o sin necesidad de mensurar el impacto de sus actos.⁹¹ Los impuestos se exigieron con celo para pagar el costo de la guerra, y para mediados del siglo XVII casi la entera población debía cumplir con sustanciales obligaciones en beneficio del estado. Con el transcurso de los siglos los impuestos para muchos rusos se incrementaron en un 600 % (ajustado por inflación), porcentaje en casi su totalidad derivado de los incrementos en expensas relacionadas con la esfera militar.⁹² Para la década de 1580, los impuestos orientados a financiar la guerra alcanzaban ya el 80 % del total de la recaudación percibida por los funcionarios del zar.⁹³ Observadores europeos contemporáneos coincidían por entonces en que el pueblo ruso estaba severamente gravado por el fisco.⁹⁴

Además de la imposición de cargas, los burócratas del zar buscaron agresivamente ingresos a partir del establecimiento de monopolios sobre diversas mercancías rentables. En conjunto, la burocracia de servicio proveyó importantes fondos para apoyar la ambición militar del zar, aún cuando el costo fuera en extremo dañino para la economía rusa.⁹⁵ Sin bancos ni inversores privados, el estado militar ruso, esencialmente pre-capitalista, no tuvo otra alternativa que recurrir a un sistema fiscal en extremo opresivo, que para fines del siglo XVII recargaba severamente a los pueblos rusos y frenaba el crecimiento económico del país.⁹⁶

Tras la horrenda Época de los Disturbios, al nuevo régimen Romanov lideró la rápida reconstrucción y crecimiento del gobierno central, con el objeto de apoyar las ambiciones imperiales de la élite gobernante. Durante el siglo XVII, los burócratas crecieron en tamaño, habilidades y estatus; y consiguieron, a pesar de una economía débil, obtener los recursos requeridos por la implacable expansión y administración del imperio ruso.⁹⁷ Los impuestos, que ya eran muchos y elevados, continuaron aumentando y multiplicándose. No sorprende el hecho de que los más importantes y opresivos siguieron siendo los relacionados con las expensas militares.⁹⁸ En conjunto, el siglo XVII fue testigo de una revolucionaria transformación (tanto cualitativa como cuantitativa) de la burocracia profesional y de las fuerzas militares, ambas en continuo crecimiento.⁹⁹ Estos dramáticos desarrollos en la profesionalización, especialización e innovación eran característicos de los estados fiscales-militares. Si observamos en detalle, las investigaciones recientes sobre la modernización militar parecen apoyar el punto de vista que identifica en la Rusia temprano-moderna uno de los primeros estados fiscales-militares, pero este logro se ve opacado por el exceso de confianza que los historiadores depositan en el concepto de absolutismo y por los continuos desacuerdos sobre el *timing* del inicio de la revolución militar en la Europa de la Edad Moderna (un debate que también está relacionado con la cuestión del absolutismo). El problema más serio probablemente derive del hecho de que muchos académicos aún tratan a la revolución militar en Rusia como una cuestión casi exclusivamente relacionada con los siglos XVII y XVIII.¹⁰⁰ Pero de hecho, Rusia no tuvo en verdad que esperar a la era de Pedro el Grande para convertirse en un "estado guarnición", como sostuvieron algunos defensores de esta retrasada cronología de la revolución militar en el país.¹⁰¹ Afortunadamente, Marshall Poe demostró en forma concluyente que, aún cuando desarrollos en extremo importantes en materia militar tuvieron lugar en el mil seiscientos y en el mil setecientos, el siglo XVI sin dudas fue el periodo decisivo en la formación de la administración central y del estado fiscal-militar ruso.¹⁰² Sin ser consciente de ello, Poe de hecho ha realizado

importantes aportes a la tesis que considera a la Rusia temprano-moderna como un estado fiscal-militar.¹⁰³

Influenciados por la tradicional asociación del absolutismo con las décadas finales del siglo XVII y por los recientes estudios sobre la revolución militar, algunos historiadores que asocian casi exclusivamente el desarrollo militar ruso con los siglos XVII y XVIII, insisten en señalar algunos factores que se combinaron para frenar la modernización del país en la esfera marcial – especialmente la Época de los Disturbios. Estos estudiosos comprensiblemente consideran que la amplia destrucción de aquellos años fue tan grave que “no pudo sino” frenar la revolución militar rusa por una generación o más.¹⁰⁴ Pero Rusia ya había experimentado una significativa modernización militar durante el siglo XVI, que le permitió convertirse décadas antes de la Época de los Disturbios en el país europeo más extenso en superficie. Un cuidadoso análisis del impacto de esta época revela que, a pesar de la devastación y de la dislocación que provocaron, los disturbios en realidad aceleraron el desarrollo del poder estatal y el crecimiento de la burocracia centralizada y coercitiva, que supervisó las fuerzas militares rusas e implacablemente extrajo recursos de una población aplastada por el peso de la guerra y severamente sobre-gravada. Lejos de dilatar la revolución militar rusa, la crisis provocada por el Época de los Disturbios sólo sirvió para fortalecer los lazos entre el gobierno central y las elites que se habían forjado en el siglo XVI, y para incrementar la ya en extremo coactiva extracción de recursos de una economía urbana declinante y de una población rural que se deslizaba hacia la servidumbre.¹⁰⁵ En otras palabras, la Época de los Disturbios aceleró el desarrollo del estado fiscal-militar.

Poner nuevamente el foco del inicio de la revolución militar rusa en el siglo XVI tiene mucho sentido y refuerza nuestra afirmación de que Rusia fue uno de los primeros estados fiscales-militares. Una mejor comprensión de las circunstancias y de los tiempos del fenómeno proveerá más información precisa, que deberá contrastarse con la modernización militar que por entonces tenía lugar en el resto de Europa. De hecho, el estudio de la Rusia del siglo XVI ofrece una excelente oportunidad para ayudar a resolver el actual dilema que obsesiona a los especialistas en la revolución militar, respecto de qué vino primero –el incremento en el poder estatal (como precondition para el rápido crecimiento del poder militar) o la revolución militar (como fuente del poder estatal incrementado).¹⁰⁶ A pesar del “revolucionario” impacto de la modernización militar sobre su sociedad, su burocracia, sus fuerzas militares y su economía, el sistema político autocrático ruso permaneció esencialmente sin alteraciones entre los siglos XVI y XVIII.¹⁰⁷ Esta prolongada estabilidad y continuidad políticas parecería apoyar la idea de Jeremy Black de que el poder

estatal aumentado fue la precondition del rápido aumento del poder militar.¹⁰⁸ No hay dudas de que el cuidadoso estudio de la emergencia de Rusia como uno de los primeros estados fiscales-militares europeos ayudará a resolver éste y otros debates abiertos en relación con los estudios sobre la revolución militar.

La aplicación a Rusia del nuevo modelo de estado fiscal-militar no sólo promete ayudarnos a alcanzar una mejor comprensión del peculiar desarrollo del imperio ruso, sino que también facilitará la inclusión del caso en los estudios comparados sobre la génesis de los estados europeos temprano-modernos. Existen muchas probabilidades de que el modelo de estado fiscal-militar eventualmente reemplace al vago y hueco concepto de absolutismo como marco de estudio preferido para el período. Esperamos con ansias la llegada de ese día, y creemos con firmeza en que la Rusia temprano-moderna debería incluirse en el creciente listado de estados fiscales-militares. El giro de paradigmas implicado en el abandono del concepto de absolutismo, que Don Ostrowski veía en el horizonte, finalmente ha comenzado.

NOTAS

1. Donald Ostrowski, "The Façade of Legitimacy: Exchange of Power and Authority in Early Modern Russia," *Comparative Studies in Society and History* 44, no. 3 (July 2002): 536.

2. For the ten-year period 1994-2003, the On-Line Catalogue of the Library of Congress (OCLC FirstSearch WorldCat) lists 82 books with "absolutism" in the title; during the same period, OCLC FirstSearch ArticleFirst lists 119 journal articles with "absolutism" in the title. By contrast, WorldCat lists 64 such books for the period 1984-93, and ArticleFirst lists 48 such articles for the period 1984-

3. See, for example, Richard Hellie, *Enserfment and Military Change in Muscovy* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1973); idem, "Warfare, Changing Military Technology, and the Evolution of Muscovite Society," in John A. Lynn, ed., *Tools of War: Instruments, Ideas, and Institutions of Warfare, 1445-1871* (Urbana: Univ. of Illinois Press, 1990), 74-99; idem, "The Costs of Muscovite Military Defense and Expansion," in Eric Lohr and Marshall Poe, eds., *The Military and Society in Russia 1450-1917* (Leiden: Brill, 2002), 41-66; J. L. H. Keep, *Soldiers of the Tsar: Army and Society in Russia, 1462-1874* (Oxford: Clarendon Press, 1985); Thomas Esper, "Military Self-Sufficiency and Weapons Technology in Muscovite Russia," *Slavic Review* 28 (1969): 185-208; Gustave Alef, "Muscovite Military Reforms in the Second Half of the 15th Century," *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte* 18 (1973): 73-108; Dianne L. Smith, "Muscovite Logistics 1462-1598," *The Slavonic and East European Review* 71 (1993): 35-65; Carol Belkin Stevens, *Soldiers on the Steppe: Army Reform and Social Change in Early Modern Russia* (DeKalb: Northern Illinois Univ. Press, 1995); idem, "Evaluating Peter's Army: The impact of Internal Organization," in Lohr and Poe, *The Military and Society*, 147-71; idem, "Modernizing the Military: Peter the Great and Military Reform," in Jarmo Kotilaine and Marshall Poe, eds., *Modernizing Muscovy: Reform and Social Change in seventeenth-century Russia* (London: RoutledgeCurzon, 2004), 247-62; Valerie A. Kivelson, *Autocracy in the Provinces: The Muscovite Gentry and Political Culture in the Seventeenth Century* (Stanford, CA: Stanford Univ. Press, 1996); Marshall Poe, "The Consequences of the Military Revolution in Muscovy in Comparative Perspective," *Comparative Studies in Society and History* 38, no. 4 (1996): 608-18; idem, "The Military Revolution, Administrative Development, and Cultural Change in Early Modern Russia," *Journal of Early Modern History* 2, no. 3 (1998): 247-73; Brian L. Davies, "Village into Garrison: The Militarized Peasant Communities of Southern Muscovy," *The Russian Review* 51 (Oct. 1992): 481-501; idem, *State Power and Community in Early Modern Russia: the Case of Kozlov, 1635-1649* (New York: Palgrave Macmillan, 2004); and Michael C. Paul, "The Military Revolution in Russia, 1550-1682," *Journal of Military History* 68, no. 1 (Jan. 2004): 9-45.

4. Michael Roberts, *Essays in Swedish History* (London: Weidenfield & Nicolson, 1966), 195-225; Clifford J. Rogers, ed., *The Military Revolution Debate: Readings on the Military Transformation of Early Modern Europe* (Boulder, CO: Westview Press, 1995), 1-3, 6-7. There are still many unresolved debates concerning the nature, timing, and impact of the military revolution; see, for example, Jeremy Black, *Eighteenth Century Europe 1700-1789* (New York: St. Martin's Press, 1990), 303-53; idem, *A Military Revolution?: Military Change and European Society, 1550-1800* (London: Macmillan, 1991), 67-82; idem, *European Warfare 1660-1815* (London: UCL Press, 1994), 2-5; and David Parrott, *Richelieu's Army: War, Government and Society in France, 1624-1642* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 2001), 5-8.

5. See, for example, Roland Mousnier, *Les institutions de la France sous la monarchie absolue, 1598-1715*, 2 vols. (Paris: Presses universitaires de France, 1974-80), 2: 10, 489-96, 574-77; Geoffrey Parker, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1988), 61-64; Brian M. Downing, *The Military Revolution and Political Change: Origins of Democracy and Autocracy in Early Modern Europe* (Princeton, NJ: Princeton Univ. Press, 1992), 10-13; and J. Cornette, "La révolution militaire et l'état moderne," *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 41 (1994): 698-709.

6. J. R. Hale, *War and Society in Renaissance Europe, 1450-1620* (Baltimore: Johns Hopkins Univ. Press, 1985), 232, 235-36, 247; Frank Tallett, *War and Society in Early Modern Europe, 1495-1715* (London: Routledge, 1992), vii, 177, 188, 198, 204; Robert O. Crummey, "Seventeenth-Century Russia: Theory and Models," *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte* 56 (2000): 115-16; Michael S. Kimmel, *Absolutism and its Discontents: State and Society in Seventeenth-Century France and England* (New Brunswick, NJ: Transaction Books, 1988), 13-14; Rogers, *Military Revolution Debate*, 1-2; Anthony Upton, *Europe 1600-1789* (London: Arnold, 2001), 71-73, 124; Geoffrey Parker, "In Defense of *The Military Revolution*," in Rogers, *Military Revolution Debate*, 340; Charles Tilly, *Coercion, Capital, and European states, A.D. 990-1990*, rev. ed. (Oxford: Basil Blackwell, 1992), 74, 76, 82-83; Thomas Ertman, "The Sinews of Power and European State-Building Theory," in Lawrence Stone, ed., *An Imperial State at War: Britain from 1689 to 1815* (London: Routledge, 1994), 34-35.

7. Michael Duffy, ed., *The Military Revolution and the State, 1500-1800* (Exeter: Exeter Univ. Press, 1980), 1.

8. *A new English dictionary on historical principles, founded mainly on the material collected by the Philological society*, 10 vols. (Oxford: Clarendon Press, 1888-1928), 1: 38; Paul Imbs, ed., *Trésor de la langue française; dictionnaire de la langue du XIXe et du XXe siècle (1789-1960)*, 16 vols. (Paris: Editions du Centre national de la recherche scientifique, 1971-1994), 1: 243; *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, 9 vols. (Paris: Le Robert, 1990), 1: 39; François Olivier-Martin, *Histoire du droit français des origines à la Révolution* (Paris: Domat Montchrestien, 1948), 17; T. Perronet Thompson, *Excercises, political and others*, 6 vols. (London: E. Wilson, 1842), 1: 295; Toussaint Jacques Mayneau, *L'absolutisme dévoilé; ou, Révélation et réfutation des abus, au moyen desquels l'ancienne noblesse et le haut clergé ont toujours asservi ou tenté d'asservir les peuples* . . . (Paris: Delaunay, 1831). One of the earliest books with "absolutism" in its title was an anonymous "eye-witness" account: *The Bastille in America: or, democratic absolutism* (London: Robert Hardwicke, 1861).

9. Perez Zagorin, *Rebels and Rulers, 1500-1660*, 2 vols. (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1982), 1: 90-92; Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 113-14; Martin Wolfe, *The Fiscal System of Renaissance France* (New Haven, CT: Yale Univ. Press, 1972), 97-98; J. Russell Major, *From Renaissance Monarchy to Absolute Monarchy: French Kings, Nobles & Estates* (Baltimore: Johns Hopkins Univ. Press, 1994), xxi.

10. Thomas Ertman, *Birth of the Leviathan: Building States and Regimes in Medieval and Early Modern Europe* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1997), 7; Zagorin, *Rebels and Rulers*, 1: 90-91; Wolfe, *Fiscal System*, 98; Richard Bonney, "Absolutism: What's in a name?" *French History* 1 (1987), 114; Jan Glete, *War and the State in Early Modern Europe: Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-Military States, 1500-1660* (London: Routledge, 2002), 7, 47.

11. Nicholas Henshall, *The Myth of Absolutism: Change & Continuity in Early Modern European Monarchy* (London: Longman, 1992), 2-3; Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 117; Zagorin, *Rebels and Rulers*, 1: 91; Bonney, "Absolutism," 96-97.

12. See, for example, Ernest Lavisse, ed., *Histoire de France depuis les origines jusqu'à la révolution*, 9 vols. (Paris: Hachette, 1900-1911), vols. 6-8; R. W. Seton-Watson, *Absolutism in Croatia* (London: Constable, 1912); Franklin C. Palm, *The Establishment of French Absolutism, 1574-1610* (New York: F. S. Crofts, 1928); Max Beloff, *The Age of Absolutism, 1660-1815* (London: Hutchinson, 1954); Maurice Braure, *The Age of Absolutism* (New York: Hawthorn Books, 1963); R. W. Harris, *Absolutism and Enlightenment 1660-1789* (London: Blandford Press, 1964); Roland Mousnier, *Les XVI et XVII siècles*, 5th ed. (Paris: Presses Universitaires de France, 1967); Aleksandra Liublinkaia, *French absolutism: the crucial phase* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1968); and William F. Church, ed., *The Impact of Absolutism in France: National Experience under Richelieu, Mazarin, and Louis XIV* (New York: Wiley, 1969).

13. David Parker, *The Making of French Absolutism* (New York: St. Martin's Press, 1983), 81-94; Bonney, "Absolutism," 94-97, 114; Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 114-17; James B. Collins, *Fiscal Limits of Absolutism: Direct Taxation in Early Seventeenth-Century France* (Berkeley: Univ. of California Press, 1988), 2-3, 214.

14. Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 114-16; Ertman, *Birth of the Leviathan*, 16-17; Kimmel, *Absolutism*, 13; Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (London: Verso, 1979), 15-42, 195-220; Christopher Pierson, *The Modern State* (New York: Routledge, 1996), 44-47.

15. Henshall, *Myth of Absolutism*, 199-212; Peter Robert Campbell, *The Ancien Régime in France* (Oxford: Blackwell, 1988), 59-60; Bonney, "Absolutism," 94, 99-100, 106, 109; Roger Mettam, *Power and Faction in Louis XIV's France* (Oxford: Blackwell, 1988), 36, 95-96, 216-24, 239, 267; Ostrowski, "Façade of Legitimacy," 534-36; Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 116-17; John Adamson, ed., *The Princely Courts of Europe: ritual, politics and culture under the ancien régime, 1500-1700* (London: Weidenfeld and Nicolson, 1999), 39; Glete, *War and State*, 46.
16. Bonney, "Absolutism," 114; Zagorin, *Rebels and Rulers*, 1: 91; Henshall, *Myth of Absolutism*, 2-3.
17. Kimmel, *Absolutism*, 10, 13, 90.
18. Henshall, *Myth of Absolutism*, 211.
19. Roberts, *Essays*, 239; Downing, *Military Revolution*, 3, 11; Black, *European Warfare*, 3-6.
20. Otto Hintze, *Staat und Verfassung* (Göttingen: Vandenhoeck and Ruprecht, 1970), 427-28. See also Ertman, *Building Leviathan*, 11.
21. Downing, *Military Revolution*, 10-11.
22. Black, *European Warfare*, 4-5, 234-35; idem, "A Military Revolution? A 1660-1792 Perspective," in Rogers, *Military Revolution Debate*, 95-114.
23. Rogers, *Military Revolution Debate*, 4-6; Parker, "in Defense of *The Military Revolution*," 340-41; Upton, *Europe*, 124.
24. Bonney, "Absolutism," 115-17.
25. Richard Bonney, ed., *The Rise of the Fiscal State in Europe c. 1200-1815* (Oxford: Oxford Univ. Press, 1999), 1-17, 123-76.
26. Bonney, *Rise of the Fiscal State*, 10.
27. John Brewer, *The Sinews of Power: War, Money and the English State, 1688-1783* (New York: Knopf, 1989), xvii.
28. Henshall, *Myth of Absolutism*, 1-5.
29. See positive reviews of Henshall's book in *European History Quarterly* 24 (April 1994): 259-70; *Journal of European Studies* 23, no. 91 (Sept. 1993): 325; and *History Today* 43 (July 1993): 58. More skeptical reviews may be found in *The Sixteenth Century Journal* 25, no. 1 (Spring 1994): 213-14, and *The English Historical Review* 110 (Nov. 1995): 1253-55.
30. Henshall's book has recently been published in a Russian translation; see Nikolas Khenshell, *Mifabsolutizma: Peremeny i preemstvennost' v razvitií zapadno-evropeiskoi monarkhii rannego Novogo vremeni* (St. Petersburg: "Aleteia," 2003). See also Ronald G. Asch and Heinz Duchhardt, eds., *Der Absolutismus – eine Mythos?: Strukturwandel monarchischer Herrschaft in West- und Mitteleuropa (ca. 1550-1700)* (Cologne: Böhlau, 1996).
31. Ostrowski, "Façade of Legitimacy," 534-35.
32. Hintze, *Staat und Verfassung*, 427; idem, "Military Organization and the Organization of the State," in *The Historical Essays of Otto Hintze* (New York: Oxford Univ. Press, 1975), 178-215; Ertman, *Birth of the Leviathan*, 6, 11-15; Downing, *The Military Revolution*, 9, 124.
33. Hintze, "Military Organization," 199; Ertman, "The Sinews of Power," 34-39; Henshall, *Myth of Absolutism*, 80-117; Stone, *Imperial State*, 1-2, 8; Eckhart Hellmuth, "The British State," in H. T. Dickinson, ed., *A Companion to Eighteenth-Century Britain* (Oxford: Blackwell, 2002), 19.
34. Brewer, *Sinews of Power*, 37-42, 66, 128, 166-67; Stone, *Imperial State*, 5-8; Patrick O'Brien, "The Political Economy of British Taxation, 1660-1815," *Economic History Review*, 2nd series, 41, no. 1 (1988): 1-32; Philip Harling and Peter Mandler, "From 'Fiscal-Military' State to Laissez-faire State, 1760-1850," *Journal of British Studies* 32, no. 1 (Jan. 1993): 44; Henshall, *Myth of Absolutism*, 4, 91, 113.
35. Ertman, "The Sinews of Power," 33-36, 46.
36. Harling and Mandler, "From 'Fiscal-Military' State," 44; Ertman, "The Sinews of Power," 37.

37. See, for example, W. A. Speck, "England in the 1690s: The Emergence of the Fiscal-Military State," *The Historian* 38 (Summer 1993): 3-8; Michael J. Braddick, *The Nerves of State: Taxation and the Financing of the English State, 1558-1714* (Manchester: Manchester Univ. Press, 1996); William J. Ashworth, *Customs and Excise: Trade, Production, and Consumption in England 1640-1845* (Oxford: Oxford Univ. Press, 2003); Martin Daunton, *Trusting Leviathan: The Politics of Taxation in Britain, 1799-1914* (New York: Cambridge Univ. Press, 2001); Philip Harling, *The Modern British State: An Historical Introduction* (Cambridge: Polity Press, 2001); John Miller, *The Glorious Revolution* (London: Longman, 1997); Dickinson, *A Companion to Eighteenth-Century Britain*; Bruce G. Carruthers, *City of Capital: Politics and Markets in the English Financial Revolution* (Princeton, NJ: Princeton Univ. Press, 1997); and Perry Gauci, *The Politics of Trade: The Overseas Merchant in State and Society, 1660-1720* (Oxford: Oxford Univ. Press, 2004).

38. Michael J. Braddick, *State Formation in Early Modern England, c. 1550-1700* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 2000); Stephen Conway, *The British Isles and the War of American Independence* (Oxford: Oxford Univ. Press, 2002), 5, 347-48; Andrew MacKillop, "The Political Culture of the Scottish Highlands from Culloden to Waterloo," *The Historical Journal* 46, no. 3 (2003): 511-32.

39. Michael J. Braddick, "An English Military Revolution?" *The Historical Journal* 36 (1993): 965-75; idem, *State Formation*, 97, 178-79, 232-34, 265-71; James Scott Wheeler, *The Making of a World Power: War and the Military Revolution in Seventeenth-Century England* (Stroud: Sutton Publishing, 1999): 10-13.

40. See, for example, Jerry Z. Muller, *Adam Smith and His Time and Ours: Designing the Decent Society* (Princeton, NJ: Free Press, 1993); J. Lawrence Broz, *Rent-seeking and the Organization of the Fiscal-Military State: Central Banking in England and the United States, 1694-1834* (Cambridge, MA: Harvard Univ. Center for International Affairs, 1994); and Robert Middlekauff, *The Glorious Cause: The American Revolution, 1763-1789*, 2nd ed. (Oxford: Oxford Univ. Press, 2005).

41. See, for example, John Miller's review of G. E. Aylmer, *The Crown's Servants: Government and Civil Service under Charles II, 1660-1685* in *The English Historical Review* (April 2003); Mark Goldie's review of the same book in *History Today* (Oct. 2002); and Ian McBride's review of Charles Ivan McGrath's *The Making of the Eighteenth-Century Irish Constitution* in *The American Historical*

Review (June 2003).

42. A "Google" computer search for the term "fiscal-military state" quickly reveals the incorporation of Brewer's work into the curriculum at University of York, Durham University, University of Birmingham, University of Glasgow, University of Leicester, University of East Anglia, University of Tokyo, Kyoto Sangya University, Yale University, University of Chicago, University of Minnesota, Texas A&M University, University of California at Riverside, University of Hawaii, University of Regina (Canada), and University of Greifswald. The search also reveals that Brewer's model has been the subject of lectures or seminars at University of Exeter, University of Sussex, Trinity College (Dublin), University of Chicago, University of Massachusetts at Amherst, the Folger Institute, the Southern Historical Association, and the Berkshire Conference of Women Historians.

43. See entry on "Glorious Revolution" in *MSN Encarta Encyclopedia*.

44. John Brewer and Eckhart Hellmuth, eds., *Rethinking Leviathan: The Eighteenth-Century State in Britain and Germany* (New York: Oxford Univ. Press, 1999); Brendan Simms, "Reform in Britain and Prussia, 1797-1815: (Confessional) Fiscal-Military State and Military-Agrarian Complex," in T. C. W. Blanning and Peter Wende, eds., *Reform in Great Britain and Germany 1750-1850* (Oxford: Oxford Univ. Press, 1999), 79-100.

45. Glete is not alone in calling early modern Spain a fiscal-military state; see also Paul Kléber Monod, *The Power of Kings: Monarchy and Religion in Europe, 1589-1715* (New Haven, CT: Yale Univ. Press, 1999), 245, 322.

46. Julian Swann, "The State and political culture," in William Doyle, ed., *Old Regime France: 1648-1788* (Oxford: Oxford Univ. Press, 2001), 151-53; Henshall, *Myth of Absolutism*, 4; Glete, *War and the State*, 51; Brewer, *Sinews of Power*, xvii, xx.

47. See, for example, Bonney, *Rise of the Fiscal State*, 10; Dickinson, *Companion to Eighteenth-Century Britain*, xvi; Thorkild Kjaergaard, *The Danish Revolution, 1500-1800: An Ecohistorical Interpretation* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1994); Jamel Mindel Ostwald, "Vauban's Siege Legacy in the War of Spanish Succession" (Ph.D. diss., Ohio State Univ., 2002); John H. Bodley, *The Power of Scale: A Global Approach* (Armonk, NY: M.E. Sharpe, 2003); Max M. Edling, *A Revolution in Favor of Government: Origins of the U. S. Constitution and the Making of the American State* (New York: Oxford Univ. Press, 2003), 48; and Monod, *Power of Kings*, 245, 289, 322, 326.

48. See, for example, Broz, *Rent-seeking and the Organization of the Fiscal-Military State*; Edling, *A Revolution in Favor of Government*; and Tsegaye Tengenu, *The Evolution of Ethiopian Absolutism: The Genesis and the Making of the Fiscal-Military State, 1696-1913* (Uppsala: Uppsala Univ. Press, 1998).

49. Glete, *War and the State*, 2, 7.
50. Bonney, *Rise of the Fiscal State*, 10; Hellmuth, "The British State," 28; Ertman, *Birth of Leviathan*, 1-34, 317-24.
51. Henshall, *Myth of Absolutism*, 1-5.
52. Glete, *War and the State*, 142; Black, *European Warfare*, 5, 235.
53. Brewer, *Sinews of Power*, xx; Monad, *Power of Kings*, 326.
54. Glete, *War and the State*, ch. 3.
55. Miguel Angel Laredo Quesada, "Castile in the Middle Ages," in Bonney, *Rise of the Fiscal State*, 177-96; Juan Gelabert, "Castile, 1504-1808," in Bonney, *Rise of the Fiscal State*, 201-38.
56. Rogers, *Military Revolution Debate*, 6; A. A. Thompson, "Money, Money, and Yet More Money: Finance, Fiscal State and the Military Revolution," in Rogers, *Military Revolution Debate*, 274-83, 290-91.
57. Glete, *War and the State*, 100.
58. Teofilo F. Ruiz, *From Heaven to Earth: The Reordering of Castilian Society, 1150-1350* (Princeton, NJ: Princeton Univ. Press, 2004), 29-34, 147-48, 154.
59. James Billington, *The Icon and the Axe: An Interpretive History of Russian Culture* (New York: Knopf, 1966), 69-71; Alexander Yanov, *The Origins of Autocracy: Ivan the Terrible in Russian History* (Berkeley: Univ. of California Press, 1981), 7; Downing, *The Military Revolution*, 40 n. 64. Eerie parallels between early modern Russia and Castile that have gone largely unnoticed include the fact that Church Slavonic is significantly different from Russian and that the Russian Orthodox Church did not provide personnel to staff the state's growing bureaucracy. On the controversial topic of the development of a distinctly secular bureaucratic style of the Russian language, see Boris O. Unbegaun, *La langue russe au XVI^e siècle (1500-1550)* (Paris: H. Champion, 1935); and Sergei Bogatyrev, "Battle for Divine Wisdom: The Rhetoric of Ivan IV's Campaign against Polotsk," in Lohr and Poe, *The Military and Society*, 328-30.
60. Chester Dunning, "The Preconditions of Modern Russia's First Civil War," *Russian History* 25, nos. 1-2 (1998): 122-23; idem, "The Legacy of Russia's First Civil War and the Time of Troubles," *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte* 56 (1999): 136-37; idem, *Russia's First Civil War: The Time of Troubles and the Founding of the Romanov Dynasty* (University Park: Penn State Press, 2001), 11, 19-21, 27-29, 34, 45-46, 48, 73, 462-63, 476.
61. Valerie Kivelson, "Merciful Father, Impersonal State: Russian Autocracy in Comparative Perspective," *Modern Asian Studies* 31 (1997): 635-36, 641.
62. Edward L. Keenan, "The Trouble with Muscovy," *Medievalia et Humanistica* 5 (1974): 104-06, 110, 113; Nancy Shields Kollmann, *Kinship and Politics: The Making of the Muscovite Political System, 1345-1547* (Stanford, CA: Stanford Univ. Press, 1987), 186-87; Daniel Rowland, "Ivan the Terrible as a Carolingian Renaissance Prince," *Harvard Ukrainian Studies* 19 (1995): 594-606.
63. Esper, "Military Self-Sufficiency," 189-90.
64. Hintze, *Historical Essays*, 43-58, 302-53.
65. See, for example, M. A. Reisner, *Russkii absolutizm i evropeiskaia reaktsiia* (St. Petersburg: "Delo," 1906); and M. Ol'minskii, *Gosudarstvo, biurokratiia i absolutizm v istorii Rossii* (St. Petersburg: Knigoizdatel'stvo "Zhizn' i znanie," 1910).
66. See, for example, M. Ol'minskii, *Gosudarstvo, biurokratiia i absolutizm v istorii Rossii*, 3rd ed. (Moscow: Gos. izd-vo, 1919); 4th ed. (Moscow: Gos. izd-vo, 1925).
67. See, for example, A. A. Zimin, *O politicheskikh predposylkakh vozniknoveniia russkogo absolutizma* (Moscow: Nauka, 1964); B. B. Kafengauz, ed., *Absolutizm v Rossii, XVII-XVIII vv.* (Moscow: Nauka, 1964); A. L. Shapiro, "Ob absolutizme v Rossii," *istoriia SSSR* 13, no. 5 (1968): 69-82; S. M. Troitskii, *Russkii absolutizm i dvorianstvo v XVIII v.* (Moscow: Nauka, 1974); S. O. Shmidt, E. V. Gutnova, and T. M. Islamova, "Absolutizm v stranakh Zapadnoi Evropy i v Rossii: Opyt sravnitel'nogo rassmotreniia," *Novaia i noveishaia istoriia* 3 (1985): 42-58; N. F. Demidova, *Sluzhilaia biurokratiia v Rossii v XVII v. i ee rol' v formirovanii absolutizma* (Moscow: Nauka, 1987); and A. I. Komissarenko, *Russkii absolutizm i dukhovenstvo v XVIII v.* (Moscow: izd-vo Vses. zaochnogo

politekhnikheskogo instituta, 1990).

68. See, for example, O. A. Omel'chenko, *Zakonnaiia monarkhiia Ekateriny vtoroi: prosveshchennyi absolutizm v Rossii* (Moscow: "Iurist," 1993); Iu. A. Sorokin, "Neprosveshchennyi absolutizm" *Pavla I* (Omsk: OmgU, 1994); Iu. A. Sorokin and A. P. Tolochko, *Rossiiskii absolutizm v poslednei treti XVIII v.* (Omsk: OmgU, 1999); N. V. Kozlova, *Rossiiskii absolutizm i kupechestvo v XVIII veke* (Moscow: Arkheograficheskii tsentr, 1999); and M. O. Akishin, *Rossiiskii absolutizm i upravlenie Sibiri XVIII veka: struktura i sostav gosudarstvennogo apparata* (Novosibirsk: Drevlekhranilishche, 2003).

69. See, for example, Hellie, *Enserfment*, 233, 258; Orest Subtelny, *Domination of Eastern Europe: Native Nobilities and Foreign Absolutism 1500-1715* (Montreal: McGill-Queen's Univ. Press, 1986), 50, 55-56; Paul Dukes, *The Making of Russian Absolutism 1613-1801* (London: Longman, 1982); and Downing, *The Military Revolution*, 38-43.

70. See, for example, Edward L. Keenan, "Muscovite Political Folkways," *The Russian Review* 45, no. 2 (April 1986): 115-81; Kollman, *Kinship and Politics*, 146-51; idem, *By Honor Bound: State and Society in Early Modern Russia* (Ithaca, NY: Cornell Univ. Press, 1999), 17-19; Daniel Rowland, "Did Muscovite Literary Ideology Place Limits on the Power of the Tsar (1540s-1660s)?," *The Russian Review* 49, no. 2 (April 1990): 125-55; John P. LeDonne, *Ruling Russia: Politics and Administration in the Age of Absolutism, 1762-1796* (Princeton, NJ: Princeton Univ. Press, 1984), ix-xi, 3-9, 311-12; idem, *Absolutism and the Ruling Class: The Formation of the Russian Political Order, 1700-1825* (New York: Oxford Univ. Press, 1991); Paul Bushkovitch, *Peter the Great: The Struggle for Power, 1671-1725* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 2001); Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 116-17, 119-20; Davies, *State Power*, 4-5; and Ostrowski, "The Façade of Legitimacy," 534-63. See also the discussion of "Muscovite Despotism" by Marshall Poe, Valerie Kivelson and Charles Halperin in *Kritika* 3, no. 3 (2002): 473-507.

71. Stevens, *Soldiers on the Steppe*; Kivelson, *Autocracy in the Provinces*; idem, "Merciful Father," 635-63; Davies, *State Power*.

72. Henshall, *Myth of Absolutism*, 211.

73. Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 113-18.

74. Donald Ostrowski, *Muscovy and the Mongols: Cross-Cultural influences on the Steppe Frontier, 1304-1589* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1998), 85-91, 177-78.

75. Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 117-19, 124.

76. Ostrowski, "The Façade of Legitimacy," 562-63.

77. Kivelson, *Autocracy in the Provinces*, 3; Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 131.

78. Ostrowski, "The Façade of Legitimacy."

79. Dunning, *Russia's First Civil War*, 29-34; Keep, *Soldiers*, 1.

80. George G. Weickhardt, "The Pre-Petrine Law of Property," *Slavic Review* 52, no. 4 (Winter 1992): 679; Keep, *Soldiers*, 1; Gustave Alef, "The Origin of Muscovite Autocracy: The Age of Ivan III," *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte* 39 (1986): 9.

81. Hellie, "Warfare," 76-78, 81-84; Richard Pipes, *Russia under the Old Regime* (New York: Scribners, 1974), 87, 191-206.

82. Sigismund von Herberstein, *Notes Upon Russia*, 2 vols. (London: Hakluyt Society, 1851-52), 1:54; Giles Fletcher, *Of the Russe Commonwealth* (London, 1591), 83v; Antonio Possevino, *Moscovia* (Pittsburgh: Univ. of Pittsburgh Press, 1977), 45-47.

83. Keep, *Soldiers*, 1, 3-5, 13, 62; Esper, "Military Self-Sufficiency," 185.

84. Pipes, *Russia*, 115; Alef, "Muscovite Military Reforms," 73, 87, 106-08; idem, "Origin of Muscovite Autocracy," chs. 3-4.

85. Keep, *Soldiers*, 5-6, 15-16; Esper, "Military Self-Sufficiency," 190; Robert O. Crummey, *The Formation of Muscovy, 1304-1613* (London: Longman, 1987), 114.

86. Keep, *Soldiers*, 1.

87. See Sergei Bogatyrev, "Localism and Integration in Muscovy" in Sergei Bogatyrev, ed., *Russia Takes Shape: Patterns of Integration from the Middle Ages to the Present* (Helsinki: Finnish Academy of Science and Letters, 2004), 59-127.

88. Hellie, *Enserfment*, 236; Marc D. Zlotnik, "Muscovite Fiscal Policy, 1462-1584," *Russian History* 6 (1979): 258; Keenan, "Muscovite Political Folkways," 136-37.

89. A. A. Zimin, *Reformy Ivana Groznogo* (Moscow: Izd-vo sots-ekon. lit-ry, 1960), 328-33, 421-22, 449-60; Hellie, *Enserfment*, 26; idem, "Warfare," 81; Crummey, *Formation*, 105-06, 114; Pipes, *Russia*, 66-68, 71, 86; Peter B. Brown, "Muscovite Government Bureaus," *Russian History* 10 (1983): 269-71; Poe, "Military Revolution, Administrative Development, and Cultural Change."

90. George G. Weickhardt, "Bureaucrats and Boiars in the Muscovite Tsardom," *Russian History* 10 (1983): 331-34; Keep, *Soldiers*, 35-36; Marshall Poe, "Elite Service Registry in Muscovy, 1500-1700," *Russian History* 21 (1994): 251-52.

91. Hellie, "Warfare," 81; Pipes, *Russia*, 194-98; Paul Bushkovitch, "Taxation, Tax Farming, and Merchants in Sixteenth-Century Russia," *Slavic Review* 37 (1978): 385, 390, 397-98.

92. Zlotnik, "Muscovite Fiscal Policy," 254.

93. Hellie, *Enserfment*, 163-64; Zlotnik, "Muscovite Fiscal Policy," 243-58; Pipes, *Russia*, 115.

94. Fletcher, *Of the Russe Commonwealth*, 41; Jacques Margeret, *The Russian Empire and Grand Duchy of Muscovy: A Seventeenth-Century French Account* (Pittsburgh: Univ. of Pittsburgh Press, 1983), 34-35; R. E. F. Smith, *Peasant Farming in Muscovy* (Cambridge: Cambridge Univ. Press, 1977), 144, 232-34, 237-38.

95. Pipes, *Russia*, 194-98; Margeret, *Russian Empire*, 39; Bushkovitch, "Taxation," 385, 390, 397-98.

96. Richard Hellie, "The Expanding Role of the State in Russia," in Kotilaine and Poe, *Modernizing Muscovy*, 34; idem, "Russia, 1200-1815," in Bonney, *Rise of the Fiscal State*, 485-92; Peter B. Brown, "Bureaucratic Administration in Seventeenth-Century Russia," in Kotilaine and Poe, *Modernizing Muscovy*, 60-61.

97. Dunning, *Russia's First Civil War*, 34-35, 45; Demidova, *Shuzhilaia biurokratiia*; Davies, *State Power*, 7-8; Brown, "Bureaucratic Administration," 64; Poe, "The Military Revolution."

98. Paul, "Military Revolution," 43; Richard Hellie, "Russia, 1200-1815," 492-93; idem, *The Economy and Material Culture of Russia, 1600-1725* (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1999), 536-70.

99. See, for example, Hellie, "Warfare," 74-99; idem, "The Costs of Muscovite Military Defense and Expansion," 41-66; Stevens, *Soldiers on the Steppe*; Brian L. Davies, "Village into Garrison," 481-501; idem, *State Power*; Peter B. Brown, "With All Deliberate Speed: the Officialdom of the 17th-century Muscovite Military Chancellery," *Russian History* 28, nos. 1-4 (2001): 137-52; idem, "Military Planning and High-Level Decision-Making in 17th-Century Russia," *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte* 58 (2001): 79-89; Marshall Poe, "The Military Revolution, Administrative Development, and Cultural Change"; idem, "Consequences of the Military Revolution"; idem, "Tsar Aleksei Mikhailovich and the Demise of the Romanov Political Settlement," *The Russian Review* 62, no. 4 (2003): 537-64; William M. Reger IV, "European Mercenary Officers and the Reception of Military Reform in the 17th-Century Russian Army," in Kotilaine and Poe, *Modernizing Muscovy*, 223-46; idem, "The Military Chancellery: Aspects of Control during the Thirteen Years' War,"

Russian History 29, no. 1 (Spring 2002): 19-42; J. T. Kotilaine, "In Defense of the Realm: Russian Arms Trade and Production in the 17th and Early 18th Century," in Lohr and Poe, *The Military and Society*, 67-95; and Paul, "The Military Revolution."

100. See, for example, Stevens, *Soldiers on the Steppe*, ix, 5-6, 15-16; and Paul, "Military Revolution," 37.

101. Crummey, "Seventeenth-Century Russia," 116.

102. Marshall Poe, "Muscovite Personnel Records, 1475-1550: New Light on the Early Evolution of Russian Bureaucracy," *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas* 45, no. 3 (1997): 361-78; idem, "Military Revolution, Administrative Development, and Cultural Change," 247-73. Similar points are made by Hellie, "Warfare," 81; idem, "Russia, 1200-1815," 485-90; Kotilaine and Poe, *Modernizing Muscovy*, 1-2, 4; and Peter B. Brown, "Bureaucratic Administration in Seventeenth Century Russia," in Kotilaine and Poe, *Modernizing Muscovy*, 61.

103. Poe, "The Military Revolution, Administrative Development and Cultural Change," 248. Poe borrowed the term "military/fiscal formats" from Samuel Finer, "State- and Nation-Building in Europe: The Role of the Military," in Charles Tilly, ed., *The Formation of Nation States in Western Europe* (Princeton, NJ: Princeton Univ. Press, 1975), 84-163.

104. Paul, "Military Revolution," 13, 35-42, 45; Poe, "Consequences of the Military Revolution,"

613, 617.

105. Dunning, *Russia's First Civil War*, 443-80.

106. On that debate in recent military revolution scholarship see Black, *European Warfare*, 4-10; Downing, *Military Revolution*, 3, 10-11, 13-14; Upton, *Europe 1600-1789*, 124; Parker, "In Defense of *The Military Revolution*," 340; Rogers, *Military Revolution Debate*, 4-6.

107. Ostrowski, "The Façade of Legitimacy," 562; Poe, "Consequences of the Military Revolution," 603-04.

108. Black, *European Warfare*, 234; Poe, "Consequences of the Military Revolution," 616-18.